

UN JARDÍN DE VOCES

ALBERTO RUY-SÁNCHEZ

En un antiguo rincón de Mogador, donde dicen que las piedras crecen con la humedad hasta tocar las nubes —y que es lo único que las detiene— hay un jardín de saltamontes que un jardinero hace cantar todo el día. No hay en él hojas ni flores si no son aquéllas destrozadas que ese hombre deja como alimento en las pequeñas jaulas de grillos.

Cada jaula es una obra de arte, una pequeña escultura. El mismo jardinero las ha labrado en maderas finas y ha escrito en relieve una caligrafía con el nombre que él da a cada grillo, nombre derivado de la gama de sonidos a la que pertenece. También esculpe un signo que describe su lugar en el jardín de voces.

Antes de él lo hizo su padre, su abuelo y el padre de su abuelo. Hace cien años eran veinte jaulas labradas las que el bisabuelo mantuvo como un huerto exquisito. Su hijo multiplicó por cinco el huerto y el nieto por diez. Así este jardinero heredó mil jaulas y una pequeña fortuna para mantenerlas. Más el oficio familiar afinado por tres generaciones antes de la suya. En veinticinco años ha hecho crecer el jardín y ya son casi tres mil las jaulas que forman senderos laberínticos. Cualquiera que sepa orientarse por sus sonidos corre el riesgo de perderse para siempre. Sus gritos de auxilio tal vez serían inútiles. Uno más entre tantos.

El jardinero sabe qué planta adora comer cada animal diminuto y cuáles hacen que su tono se vuelva más grave o más agudo. Sabe que algunas jaulas puestas al lado de otras hacen que toda la noche se oigan gritos entusiastas de cortejo. Y sabe que al alejarlas poco a poco un tono hondo de dolor se va apoderando de ese canto. La distancia es un cuerda imaginaria que él va templando.

Antes de salir el sol, cuando una capa lenta de rocío cae sobre las jaulas y deposita dentro de ellas varias gotas gruesas, se oye a los grillos beber. Su silbido se humedece, su felicidad se manifiesta en gargarismos. Si llegan a tomar demasiado antes de que salga el sol, se les oye una involuntaria vibración extraña, como si temblaran de frío.

El jardinero, que se supone es ciego, los conoce por sus ruidos. Poco le importa otro tipo de clasificación de los animales. Sólo importa distinguirlos por

su voz. Él ha llegado a identificar con certeza 2.633 especies diferentes de sonidos. Tuvo que restarle cuatro a su cuenta este año porque descubrió que no los hacían los grillos sino él: al caminar de prisa, al respirar con dificultad los días calurosos, al suspirar de alegría mientras escuchaba a sus criaturas, al digerir con problemas ciertas hojas y flores que sus animales dejaban y él no quería desperdiciar.

Un escribano se acerca sigiloso al caer cada tarde para ofrecer sus servicios en caso de que el jardinero tenga que anotar sonidos nuevos. Su lista crece y cada descripción se va afinando. Así, por ejemplo, al lado de *Ecos de gota de fuego*, sonido 1.327, se lee: “saliva entre los dientes, una súbita ansia de beber, se repite en intervalos de diez gotas, todas iguales”.

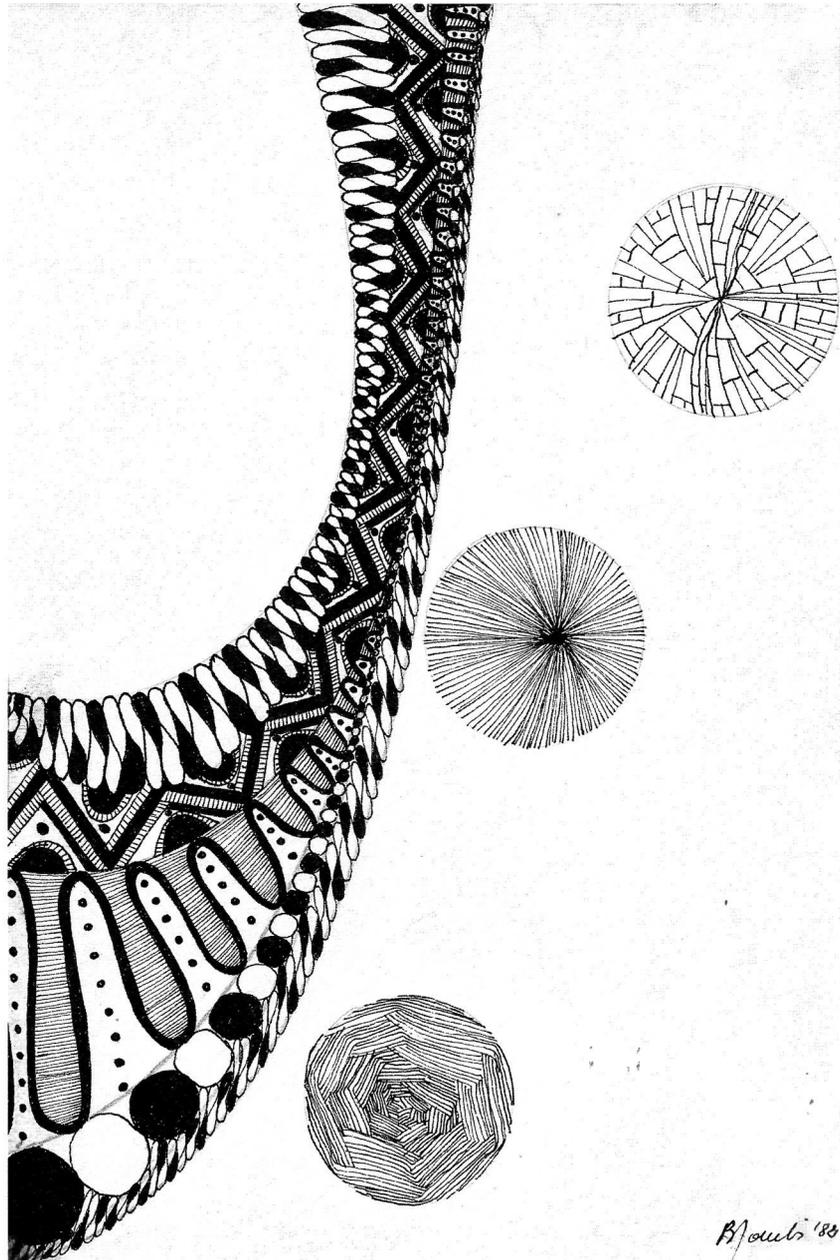
Pero el jardinero nunca está satisfecho de su anotación con palabras. Por eso ha inventado una especie de partitura con pequeñas piedras de río de formas distintas que coloca sobre una mesa larga. Sabe que ese despliegue de guijarros que para otros sin duda sería un tiradero, esa anotación que sólo él entiende, es también un mapa de los sonidos de su jardín. Por las noches se descubre a sí mismo cantándolo. En más de una ocasión su propio canto del mapa lo ha llevado a reacomodar las jaulas, a modificar la composición de su peculiar sembradío. Conmovido por la intensidad de algunas voces de su jardín y vencido por la vanidad de haberlas logrado, algunos de los sonidos descubiertos por él llevan en la lista su propio nombre. Son sus criaturas. Y las historias que a él le gusta contar sobre cada jaula, sobre cómo atrapó o logró incubar cada insecto, sobre la vida y las costumbres de sus bichos, podrían llenar de certero entusiasmo a quien tenga la suerte de escucharlas, como si *Los cuentos de Canterbury*, los del *Decamerón* o los de *Las mil y una noches* se originaran en un jardín de grillos.

Ha llegado a controlar muchos de esos cientos de sonidos insectos. Puede hacer que se reproduzcan, de cierta manera es capaz de sembrarlos. Cuando los escucha florecer, madurar, experimenta sus mayores alegrías. Para él, ciego de nacimiento como su padre y su abuelo, el espacio no existe si no produce sonidos. La idea misma de un jardín callado es algo que no puede imagi-

nar. Las voces surgen a su alrededor, florecen, forman huertos, crean un ámbito envolvente, sensaciones de lejanía o proximidad, de profundidad y perspectiva sonora, de belleza a distancia y por lo tanto de deseo.

Por eso tal vez hay quienes dicen que el jardinero no es ciego, que sólo cierra los ojos casi todo el día para multiplicar la sensación de caminar entre voces sembradas, florecientes, cosechadas.

Pienso siempre en ese jardín cuando me tocas con los ojos cerrados y tu respiración se altera en la mía. Cuando mi nombre se anuda indescifrable al tuyo en la noche. Cuando ya no sabemos lo que decimos y la ternura se nos llena de vocales largas, de quejas, de gemidos, de rasguños con la voz. Cuando te pienso y te escucho como mi jardín de voces.



Bruno Rombi. *Dibujo.*